



**MAÑANA
PODRÍA SER
UN GRAN DÍA**

RUBÉN AÍDO CHERBUY

Lana Yates recibe una misteriosa novela en la editorial. Descubre el potencial de un relato oscuro y a su protagonista, Dante. Dejándose llevar por el horror y lo enigmático de sus palabras le surgen dudas. ¿Y si aquella macabra historia fuese real? Comenzará el juego del gato y el ratón contra alguien que la conoce, que sale desde las sombras para poner en peligro a sus seres queridos, imponiendo reglas que deberá respetar para salir airoso y descubrir la verdad.

Mañana podría ser un gran día es una carrera de fondo que lleva de la mano al lector durante sus tímidos comienzos para soltarle a disfrutar y devorar la intriga y el suspense de su tramo final. Misterio, drama y acción se darán la mano hasta que Lana de con aquel que se hace llamar Dante.

MAÑANA PODRÍA SER UN GRAN DÍA

Rubén Aído Cherbuy

*Para mi madre, una sonrisa eterna y un
bondadoso corazón.*

*De la rivalidad no puede salir nada hermoso,
y del orgullo, nada noble.*

John Ruskin

Capítulo 1

Hay personas que jamás tendrán el valor de enfrentarse a quienes piensan, que para triunfar, se debe mirar únicamente por uno mismo. Y aunque ese pensamiento tenga un alto porcentaje de veracidad, nada lo justifica. Otras personas, deciden esperar su oportunidad de tal forma, que cuando surja, no necesiten perjudicar a nadie, sino valerse de sus propias cualidades para avanzar en aquello que se propongan. Por desgracia, a esas personas, a pesar de intentar seguir un camino moralmente correcto, les toca convivir con las consecuencias de una malsana rivalidad.

Dentro del ámbito profesional, el mundo editorial, tan exigente como cambiante, requiere tanta versatilidad y dinamismo, que poco sitio queda para ese bien tanpreciado como es el compañerismo, dando lugar a una carrera en la que nunca ganará el que no meta codo. Lana lo tenía muy claro, y del mismo modo, comprendía y asumía cuál era su papel en aquella historia, y no podría remediarlo.

Su sueño había empezado a cumplirse. Tenía un buen empleo, a las órdenes de toda una eminencia en el mundo editorial, pero tras llegar hasta su posición, había comenzado una oscura pesadilla en la que pocas luces iluminaban su camino. Aquella oficina en la que pasaba sus días, cada vez le resultaba más asfixiante, y su carácter retraído y distante, le había jugado malas pasadas.

Hasta tal punto sentía esa rivalidad en sus carnes, que simplemente podía respirar tranquila, con una persona entre aquellas paredes, Trevor, puesto que al igual que ella,

prestaba más atención a lo que podía dar de sí para destacar que en sacar defectos y debilidades del resto.

Entre las personas que peor ambiente creaban, se encontraba Lisa, aquella chica con mirada de comadreja y de igual malicia. Ella sola se bastaba y sobraba para hacer de Lana el entretenimiento perfecto para los descansos. Ya fuera escondiendo sus cosas, avisándola de falsas llamadas o simplemente encargándose de aislarla del resto con todo un conjunto de comportamientos de lo más infantiles. Lana quería pensar que simplemente la veía con potencial y que, por ello, veía peligrar sus posibilidades de ascenso en la editorial. Quería pensarlo, pero no confiaba tanto en sí misma como para ver algo destacable en sus capacidades, ya que por desgracia, la humildad también era una de sus máximas virtudes y enemigas allí dentro, eso, y un poco de baja autoestima.

Como de costumbre, caminaba rumbo a la oficina, haciendo balance de lo acontecido la semana anterior. Se dirigía al edificio Blue Mountain, en el que, entre bufetes de abogados y aseguradoras, se encontraba Dragonfly Editorial uno de los grupos con más crecimiento del sector.

Las calles rebosaban vida, prisas y nervios por evitar retrasarse a sus citas profesionales. Ella en cambio, siempre tenía unos minutos para tomar un café con Keith, uno de sus pilares de aguante, que solía esperarla junto a la entrada. Aquel encuentro era indispensable para soportar toda una jornada de tensión laboral. Cita a la que no acudía desde hacía semanas otro de esos pilares, la voz de la prudencia y su mejor amiga, Sara, que tras su matrimonio, se propuso aumentar la familia sin perder más tiempo del ya consumido. Sara compartía con ella más que una amistad, ya que eran compañeras de oficina.

Dejó de pensar en lo que fuera que debía haberle distraído, cuando su Blackberry reclamó su atención una vez más aquella mañana. Chascó la lengua intranquila, no le hizo falta mirar la pantalla para saber de quién se trataba. No

quiso prestarle más atención de la que ya le había dedicado, y tras volver a guardarla en su bolso, vio frente a ella la sonrisa que nunca fallaba. «Keith». Pensó.

—Veo que hoy también consigo robarte una instantánea sonrisa —bromeó elevando las cejas.

Keith era exactamente lo que toda mujer desearía tener a su lado cuando sueña durante la infancia con su príncipe azul. Un joven abogado, con mucho futuro, sentido del humor, alto y para rematar unos atrapantes ojos azules como el mismo mar del Caribe. Todo eso tuvo que ver su esposa, Moira, ya que en menos de dos años se dieron el «sí quiero».

—Te diré el motivo. He venido todo el camino haciendo una reflexión sobre mi situación actual. Te aseguro que verte, es lo mejor que puedo esperar de un día como hoy.

—Me lo tomaré como un cumplido. ¿Entramos ya o prefieres seguir adulándome?

Le ofreció un brazo, caballeroso y ella aceptó su buen gesto ampliando la sonrisa, ya que tras ese breve momento de café entre amigos, llegaría la hora de ponerse a trabajar y perder el poco buen humor que pudiera tener.

Se sentaron en la cafetería del edificio, en la que coincidían todas las mañanas con el grueso del personal, y concretamente con los de su oficina, para compartir fingidas miradas de amabilidad y otras de superioridad mal ocultas por parte de algunos. Trevor les saludó desde algunas mesas más atrás en la que decidieron sentarse, otra sonrisa habitual.

—Que chico tan extraño —murmuró inclinándose sobre la mesa.

—No seas malo. Es el único de toda la oficina que no desea verme caer por las escaleras. Sea raro o no, a mí me gusta. Nos defendemos mutuamente.

—Relájate, sé que es buen tipo, pero raro —insistió.

Lana puso los ojos en blanco mientras intentaba sorber de su vaso. Removió su café con evidente desgana.

—Bueno, ¿cómo te sientes? —preguntó Keith con extraña expectación.

Ella no supo a qué se refería exactamente. Su expresión confusa le delató.

—¡Venga ya! no me creo que no sepas que, hace 6 meses, entraste por primera vez por esa puerta.

Parecía tenerlo ensayado, desde su caída de ojos hasta el teatral tono dramático.

—Oh, ¿de veras? no lo sabía. Aun así no esperes que de saltos de alegría. Intento decidir si tomé la decisión acertada o por el contrario maldigo aquel dichoso día.

Su intento de broma enturbió la mirada de su amigo.

—No seas tan negativa, Lana. Fui yo quien te consiguió la entrevista, y créeme cuando te digo que, moví muchos hilos, convencido de que era la oportunidad que estabas esperando.

—Sí, claro. Siempre te lo agradeceré. Nota mental «no intentes hacer bromas, no es lo tuyo».

Se levantó con calma, colocándose el bolso bien sujeto.

—¿Subes ya?

—Quiero preparar algunas cosas antes de que llegue Riley.

—Iré a buscarte a la hora del almuerzo.

—Vale. Ya sabes, bastará con que busques a un corderito entre una manada de lobos.

Lana ya había comenzado a alejarse cuando Keith la sorprendió a gritos.

—¡Que tengas un buen día! y ¡Felicidades!

No puedo evitar dejar escapar una sonrisa de camino al ascensor. Debía dar gracias por tenerle trabajando a pocos metros. Solo esperaba que él lo supiera.

Las puertas se abrieron, dando paso a una pequeña marabunta humana. Siempre pasaba al empezar la jornada de trabajo. Lana consiguió colocarse en el fondo del ascensor, ya que a su oficina, el ascensor llegaría algo más descon-

gestionado. Debía tener capacidad para unas quince personas más o menos, pero solía soportar a algunas más.

Se quedó apretada en una esquina, y aprovechó para mirarse en el espejo que cubría la pared trasera. No podía decirse que tuviese mal aspecto, a pesar de no haber dormido suficientes horas. Tenía unas pequeñas ojeras, pero por lo demás, nadie notaría su cansancio. De camino se dio unos retoques en el pelo, que desde hacía ya varios años, llevaba corto, con un flequillo desenfadado siempre hacia un lado. Solía adornarlo con alguna horquilla o con pequeñas pasadas, para no perder el toque femenino. Si de algo podía presumir, era de tener un aspecto actual y juvenil.

También se percató de que cada día se hacía más evidente la diferencia de color entre sus ojos. Un buen día, de forma espontánea, tal y como le explicó su oftalmólogo, había adquirido heterocromía en uno de ellos, lo que se traduce en un cambio de color en el iris. En su caso, uno de ellos, de un tono verdoso de nacimiento, había comenzado a oscurecerse, hasta notarse claramente castaño. A simple vista no destacaba, pero siempre le daban escalofríos cuando se miraba desde tan cerca.

A medida que se fue vaciando el ascensor, tuvo algo más de espacio para respirar, y apreciar que compartía espacio con Lisa, la chica que conseguía hacerle temer los silencios eternos en un ascensor. Lisa era tan retorcida como influyente. Tenía ojos y oídos en todos los rincones, y era experta en convertir la moral de sus víctimas en una minúscula mota de polvo. A medida que se acercaban a su destino, quedaron solas a excepción de un señor mayor. Lisa la miró de arriba abajo, como solía hacer, sin ningún tipo de disimulo. Disfrutando de su comportamiento descarado.

—¿Zapatos nuevos? —su voz casaba a las mil maravillas con su petulante imagen.

—Sí. Hoy cumplo seis meses en la editorial, y me pareció una buena ocasión para estrenarlos —mintió dignamente. «Ni sabía que era tal día, ni son nuevos». Pensó.

—Que estupenda noticia —intentó fingir entusiasmo sin mucho esfuerzo—. Supongo que ya se nos ocurrirá algo para celebrarlo. Tenemos todo el día por delante para planearlo.

En ese momento, las puertas hacia el infierno se abrieron y Lisa salió a paso veloz adentrándose en sus dominios, casi atropellando al señor que caminaba su lado.

De nuevo su teléfono emitió aquella corta melodía que llevaba escuchando desde bien temprano. Una llamada perdida más. Esta vez no se molestó en mirarlo.

—Ted... —un error del pasado que seguía muy presente.

Decidió no ocupar su mente con aquella complicada historia que no le había aportado más que dolor de cabeza. Caminó por la oficina bajo la atenta mirada de sus compañeros, la mayoría apenas la saludaban, otros iban un poco más lejos y sonreían quedamente. Solo Trevor le dedicaba unas palabras cuando pasaba junto a su mesa, siempre.

—¿Cómo se presenta la mañana? —tartamudeó.

—Como de costumbre Trevor. Aunque aún es pronto para asegurar que vaya a ser un día cualquiera. Mantengamos la esperanza.

Pudo escuchar como Lisa soltaba una especie de bufido mientras se preparaba una taza de café en la discreta pero bien equipada cocina, a pocos metros. Lana intentó que aquel gesto no le molestase, ya que la intención de Lisa era arruinarle la mañana y recordarle que, a pesar de que lo intentara, ese día no sería mejor que el resto. La única manera de pararle los pies era ignorarla y ponerse a trabajar con la esperanza de que algún día, comprendiera que estaban allí para eso.

Pocos minutos después, su jefe, el Señor Riley, irrumpía en la oficina con su habitual paso acelerado y su traje recién planchado. Siempre con aquella imagen impoluta, la misma que se intentaba dar de la editorial: rigurosa y profesional. Al pasar a su lado, llamó su atención dando dos to-

ques con los nudillos sobre la mesa, a lo que ella solía responder siguiéndole hasta el despacho al instante. Tras pasar por la puerta, la cerró con cuidado. Riley se sentó y esperó a que ella le imitara.

—Buenos días Lana —esperó a que le devolviera el saludo.

—Buenos días señor.

Luego se acomodó y se puso manos a la obra.

—Bien. Como sabes, hoy tengo que reunirme con... —dudó cerrando los ojos— el escritor alemán... el señor... —intentaba recordar el apellido sin mucho acierto, como ocurrió días atrás.

—Eisenhower, señor, Eisenhower.

—Eso es. El señor Eisenhower va a reunirse hoy con nosotros para intentar llegar a un acuerdo de edición para una de sus obras. No hace falta que te recuerde que es de vital importancia conseguir que esto llegue a buen puerto, contamos con esa publicación para la campaña de otoño. Le avalan miles de ventas por toda Europa, no puede haber ningún error de última hora. Te lo preguntaré una sola vez. ¿Hay algo de lo que deba preocuparme? ¿Está todo en orden?

Riley siempre hablaba mirándola fijamente a los ojos, lo que le provocaba un inoportuno temblor de manos, y a veces iba acompañado por sudor frío. Lana se aclaró la garganta antes de contestar.

—Todo está controlado. Ayer quedó fijada la hora y él se mostró entusiasmado con la posibilidad de trabajar con nosotros.

—Perfecto, —sonrió complacido— prepara todo lo que te pedí ayer para que cuando llegue no tengamos que hacerle esperar. ¿Hablaste con recursos humanos?

Riley cambió de tema descolocándola por completo, siempre era así, una montaña rusa de preguntas.

—¿Cómo dice?

—Lana. ¿Aún estás dormida? Recursos humanos... por la vacante en la sección infantil... ¿Te suena de algo?

—Oh, sí por supuesto. Discúlpeme. Los trámites siguen su curso, esta misma semana debería llegar la sustituta de Sara.

—Está bien, —se distrajo colocándose bien la corbata, gesto totalmente innecesario— avísame cuando llegue... —volvió a dudar.

—Eisenhower —sonrió disimuladamente.

—Lo iba a decir.

Mientras volvía a su mesa, se fijó en que gran parte de sus compañeros, estaban agrupados alrededor de la cocina. Le llegaba el rumor de una voz que no reconocía. ¿Había olvidado alguna visita importante? No lo creía, ya que el ambiente se notaba desenfadado.

Segundos después, un conjunto de carcajadas le confirmó que no se trataba de una visita profesional.

No le prestó mucha atención a la improvisada reunión, se había acostumbrado a no formar parte.

Nada más sentarse, una lucecita roja en el teléfono le indicó que Riley la necesitaba, de nuevo. Contestó al instante.

—¿Sí, señor?

—Prepárame un café. Sin leche, con dos de azúcar, por favor —añadió para no sonar tan autoritario.

—Enseguida se lo llevo.

Siempre lo tomaba igual, pero por alguna extraña razón, cada vez que se lo pedía, volvía a insistir en sus preferencias.

Le molestaba tener que irrumpir en aquella reunión, no sería la primera vez que la acusaban de entrometerse. Cuando cruzó la barra para ir hacia la cafetera, con la jarra humeante de café recién hecho, pudo apreciar con cierta claridad, al joven que ejercía de centro de atención. Era bastante alto, y parecía estar presentándose entre bromas. Hablaba con mucha soltura, como esos humoristas que se

pasan horas hablándole al público sin parar de hacerles reír, o al menos intentarlo. Aquel joven de pelo engominado y aires de donjuán, la vio pasar, y para su desgracia, su evidente pasotismo acabó llamando su atención. Algunos cuchichearon, entre los que destacó la voz de Lisa, que parecía estar haciéndole un resumen de ella.

Sus compañeros empezaron a dispersarse, volviendo a sus puestos de trabajo, algunos de ellos por primera vez en la mañana. Él chico se acercó a Lana, con una sonrisa desfasada.

—Buenos días —le habló en tono apagado, casi susurrando. ¿Intentaba sonar sensual? Lana no daba crédito.

—Hola.

—Tú debes de ser Lana ¿no?

—Estoy segura de que sabe la respuesta —contestó sin apartar la vista de sus tareas.

—Eres la ayudante personal de Riley. ¿No? Le conozco, sé que es un tipo difícil de contentar.

—No puedo quejarme, he trabajado en sitios peores.

Lana no llegaba a entender lo que pretendía conseguir, y mucho menos el motivo de su visita. ¿Quién era?

—¿Eres el sustituto de Sara, de la sección infantil? —se le iluminó al mismo tiempo que temió una respuesta afirmativa.

—No, que va. Por ahora solo vengo de visita.

Seguía observándola mientras ella terminaba de preparar el café para su jefe, lo que estaba empezando a ponerla nerviosa.

—Dime una cosa, ¿dónde sueles ir cuándo no estás trabajando?, —susurró acercándose más a ella, colocándose a escasos centímetros de su oreja— podría darte algunos consejos para impresionar a Riley.

Estuvo a punto de resbalársele la taza al apartarse de un salto. Pudo escuchar como Lisa y otros de los presentes se reían ante aquella escena.

—Disculpe, tengo que llevarle esto a Riley.

El chico levantó las manos y retrocedió para dejarle paso.

—¿Sigue tomándolo sin leche y con dos de azúcar?

Antes de que pudiera contestarle, el teléfono de su mesa volvió a sonar, sorprendiéndola con la taza ardiente en las manos, por lo que se vio obligada a dejarla allí y correr a contestar. Si se trataba del señor Eisenhower no podía hacerle esperar.

—¿Sí?

—Lana, estoy esperando una visita familiar, ¿sabes algo?

—No señor.

Se negaba siquiera plantearse que aquel chico tan molesto fuera la visita de Riley.

—Está bien, espero ese café.

—Sí señor.

Corrió de nuevo a por la taza, y a su lado la esperaba todavía aquel joven.

—Te importa si te sigo. Me gustaría saludar al viejo Riley.

Lana vaciló unos instantes.

—Avisare de su llegada. Le estaba esperando.

—No es necesario, te sigo, guapa.

No muy convencida, Lana aceptó su oferta y se dirigió al despacho, seguida del misterioso y cada vez más irritante joven engominado.

Dio unos toques en la puerta y la abrió. Su jefe, al ver con quién entraba se levantó de su silla abriendo los brazos.

—¡Derek! ¿Cuándo has llegado? —dijo ya abrazándole.

—Hace unos minutos, pero no quería arruinar una sorpresa.

Lana le tendió la taza, que su jefe cogió con ganas y se llevó a los labios. Antes siquiera de tragar el primer sorbo, su gesto se torció. Escupió el contenido de nuevo en la taza y miró a Lana desconcertado e incrédulo.

—Lana. ¿Le has echado leche?